

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 7918

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde el 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—El administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS.

Lunes 9 de Abril de 1888

En cumplimiento de disposición testamentaria de D. Enrique Hidalgo de Cisneros, se vende en pública subasta con sujeción á los precios, tipos y condiciones de que se dará conocimiento al que lo desee en la Notaría de D. Facundo Tarín, las fincas que á continuación se expresan:

Casa número 10 de la plaza de la Merced.

Casa número 12 de la calle de Villalva la larga.

Casa en la calle de la Placeta, frente á la antigua Ermita (Barrio de Sta. Lucía)

Casa en el mismo barrio, calle de la Era.

Otras ocho marcadas con los números 1 á 8 inclusive en el mismo barrio, camino del Cementerio.

Una hacienda y casa en la diputación de los Stos. Médicos.

La subasta tendrá lugar á las doce de la mañana del día 20 del corriente mes, en el despacho del Notario antes citado, en el que estarán de manifiesto los títulos de propiedad de las fincas, siendo condición indispensable para tomar parte en la subasta, el depositar en dicha Notaría el 2 por 100 del valor de la finca según tasación.

LA SEMANA ANTERIOR

Poco ó nada ha tenido lugar en ella que merezca los honores de la publicidad.

Pero como un deber ineludible me obliga á dar á ustedes conocimiento de cosas y casos, ocurridos de semana á semana, léteme aquí lector carísimo, pluma en mano, sin saber que decirte... Dispensa el tuteo... Si la poesía lo dispensa todo... opino que también la prosa debe admitir alg., y ese algo, ahora, es el tuteo

Pues como te decía, ¿Qué ha pasado en Cartagena durante los últimos ocho días que tú ignores y que yo sepa? Nada.

Yo, en estas reseñas semanales, soy el verdadero Eco de ocurrencias, habillitas y sucesos.

Mas como de todo ello tenéis oportuno conocimiento, cuando aparezco yo, mis noticias resultan trasnochadas; son otros tantos fambres que si bien quisiera hacerlos tragar, como recién condimentados, vosotros os negais á saborear, con muchísima razón

Queda, pues, sentido que el papel que me reservo en esta obra periodística, es el menos agradecido

Con esto por base, voy a permitirte decirte cuanto yo sé.

El almarjal es tema obligado.

Las obras—tan ansiadas—que han empezado á llevarse á efecto en dichos terrenos, comienzan á devolver la tranquilidad á los cartageneros.

Porque es claro: si este es el único medio que ha de libertarnos del infernal paludismo, al verlo puesto en práctica, hemos todos de regocijarnos.

La cosa lo merece.

¿Cómo que se trata nada menos que de asegurar nuestras vidas, es decir, el de procurar asegurarlas. Pero en fin, algo es algo.

Lo que conviene, es que las obras se realicen con toda la prontitud posible y apetecida; que el paludismo no venga, y que

vivamos con toda la felicidad, que cada cual se desea para sí

Un verdadero acontecimiento ha sido la apertura del teatro. Me queja rotundo quien yo llamaría político. No porque en él se adquirieran calaveras de ese carácter, sino por las intermitencias que durante su corta vida viene experimentando.

Ora Antonio Vico; ora Juan Breba; ya Pepe Mata; ya la Cuena; luego Julio Ruiz, más tarde la Pan y queso. Tal es el contraste que forman entre sí los espectáculos que en él se han verificado.

El arte ha aparecido algunas veces en el proscenio del elegante teatro, y con regocijo le ha contemplado desde el primerísimo marco que le rodea, el fiel retrato del gran Maiquez nombre con que fué bautizado el coliseo. Pero huye el arte para dar entrada á la flamenca monia, y entonces, en el dido de rubor el Rey de los actores, cubre su rostro y permanece así toda la temporada. Es decir, Maiquez en su teatro, pasa la mayor parte del año con la careta puesta. Por rara casualidad suele desmascararse ahora por ella—es decir por la casualidad presenta al público su artística faz, alegre en ocasiones, y triste en otras.

Cada vez que pisan la escena artistas como Victoria Muñoz y Ruiz de Arana Maiquez sonríe; cuándo los trinos de una de esas piezas flamencas que contienen la mayor parte de las zarzuelas de hoy, se elevan por todos los ánimos del teatrillo, fijas bien, el rostro del gran Maiquez se avinagra. No lo extraño. A otros le pasa lo propio.

Pero él y éstos, tienen que resignarse. Es el gusto del día... y como dijo uno, de gustos no hay nada escrito.

El tiempo está desconocido. Parece como que quiere divertirse con nosotros

Llega un día, salimos á la calle liados en la capa. ¡U! que calor—decimos,—fuera capa, y la tiramos. Mejor dicho, la mandamos á nuestro domicilio. Al poco rato, un vientecillo suave comienza á colársenos repentinamente, y, lo que es natural, adquirimos catarros y pulmonías y otros excesos.

Nada, nada; haced caso del antiguo proverbio que dice: «Hasta el cuarenta de Mayo no te quites el sayo.»

Ferreol.—Tomando su argumento de un célebre proceso, ha hecho Victoriano Sardou, el primero de los dramaturgos franceses, una obra melo-dramática, presentando en ella personajes muy bien delineados y haciendo que el espectador oiga con creciente interés el desarrollo de la acción, tratada con suma habilidad por su reputado autor. Descartados los personajes episódicos, que tanto en ésta como en todas las obras francesas, abundan en demasía, pueden reducirse á seis, los principales entre quienes está sostenida la trama de la obra.

Ésta, aunque fuera de nuestras costumbres y hasta puede decirse del gusto literario de nuestro teatro y de nuestra época se oye con satisfacción y se aplaude justamente, porque como antes digo, hay verdadero interés, y está tratado el asunto con artística pericia

Tiene la obra escenas bellísimas y situa-

ciones que conmueven, muy especialmente en los dos últimos actos, que es donde se efectúa la lucha terrible de Ferreol, producida por la alternativa en que su conciencia le coloca; salvar la vida á un inocente ó comprometer la honra de una mujer.

La obra resultó admirablemente desempeñada por todos los artistas de la compañía del Sr. González Merecen, no obstante, especial mención la Sra. Contreras y los Sres. González Pérez, Viñas, Montijano y Altarriba.

La primera, que identificada con el papel que le estaba confiado, tuvo momentos sublimes en los que arrancó espontáneos aplausos y entusiasmas bravos; el segundo, que caracterizó el difícil é ingrato tipo del Marcial, de modo admirable y obtuvo también gran cosecha de aplausos; el Sr. Pérez, que interpretó el protagonista con tanta verdad como buen acierto y que puso de relieve—una vez más—sus grandes condiciones de actor, que fueron premiadas varias veces con nuestras inequívocas de general aprobación; y los tres últimos que desempeñaron con gran tino el Perisot, el Fiscal y el Presidente.

Ferreol gustó mucho y fué presentado con ajuste y propiedad, que hacen honor á la acertada dirección del Sr. González

Este ha sido otro acontecimiento semanal, que no debo omitir y con el que termina su misión.

MARE NOSTRUM.

Cuando cruza por la mente la triste idea de nuestra decadencia actual como poder marítimo, si posible fuera dudar, dudáramos de nuestra historia, de nuestras asombrosas expediciones y de nuestros ilustres navegantes. Hoy, no queda nada de aquella antigua grandeza! Los Oquendos, Bazanes, Gravinas y tantos otros que levantaron tan alto el nombre de la patria, recuerdos son no más que el tiempo desvanecido. Aquel Churrerria que prefería á todas las encomiendas del mundo el mando de su navio «San Juan» no tiene sucesores, porque el espíritu marítimo de aquellas épocas de gloria ha muerto, como murieron aquellas generaciones. Hablar á la presente de las bellezas del mar, es poco menos que tratar de las delicias que se debon disfrutar en los valles y montes de la Luna; esto lo creemos, porque está de manifiesto el afán decidido de colocarse en tierra, que tiene la inmensa mayoría de los que adoptaron, seguramente por capricho, la carrera del mar.

Así como todas las naciones marítimas han seguido la marcha natural del progreso en la navegación, nosotros caminamos como el cangrejo de la fábula.

Véase si nó, el estado tristísimo de nuestra navegación de vela y la penuria con que se sostiene la poca que hay de vapor; véase la miseria de nuestros puertos, el abandono de los astilleros, de las industrias de mar, y el despoblado de nuestras costas. Fijémosnos en cualquier detalle, aún en el que parezca más insignificante, y se comprenderá la verdad de cuanto vamos apuntando. Barcelona, por ejemplo, es nuestro primer puerto comercial del Mediterráneo donde concurren buques de todas nacionalidades; allí se han gastado millones y millones por el empeño de sus nobles hijos para ponerlo á la altura que por todos conceptos se merece, y sin embargo, faltan en él las primeras condiciones marítimas que deben tener los puertos de su categoría,

ria, y aun los demás de menor importancia. Aunque prescindamos de su construcción que es harto defectuosa, ni encontramos en él un dique donde puedan limpiar los fondos y remediar sus averías los buques que lo necesitan, ni hay esperanzas de que se construya; teniendo, por lo tanto, que recurrir al extranjero á pagar una contribución forzosa por la deferto. Allí, en el único puerto de refugio para los buques de gran tonelaje, partiendo desde Rosas hasta Cartagena, no hay, como sucede en todos los del extranjero, un lugar destinado á exponer los telegramas diarios y detallados de los tiempos que reinan en los principales cabos de nuestra costa; ni menos en el golfo de León y costa de Cerdeña, que tan útiles serían á los navegantes. Solo se publica en los diarios de la localidad una parte de Tarifa, que por lo general indica con retraso, los vientos reinantes en el estrecho de Gibraltar.

Es más, en ese puerto que debiera ser nuestro orgullo por sus condiciones marítimas, como si se buscaran medios para que no las tengan, se ha colocado en sus muelles un alumbrado eléctrico lujoso que será muy conveniente al público que pasea, pero muy perjudicial á los buques que han de buscar la entrada, porque su intensidad deslumbrará al que llega del mar. En cambio, es tan raquítico é ineficaz el alumbrado de la boca, que sus faros se confunden con cualquiera luz de gas de la población, dando motivo con esto, á que los buques que recalán, por evitar un siniestro se vean obligados á aguantarse fuera de puntas hasta que llegue el día, perdiendo un tiempo precioso y corriendo un riesgo de mar, mayor del que deberían, máxime si en el intervalo se desarrollara un temporal.

En ese puerto está á punto de inaugurarse una exposición universal y habrá en ella su instalación marítima, donde se expondrán modelos de faros, dragas, salva-vidas, diques, etc., que estarán muy primorosos; pero los extranjeros que estudien dicha instalación repetirán con nosotros: ¿A qué hacer ostentación de estos aparatos, en un país donde apenas se aplican, y en un puerto que tiene la boca á oscuras?

Estas deficiencias nos hacen pensar que, si la Dirección de Obras públicas, contra el sentido común, y contra toda lógica, dispone en los puertos de estos asuntos, que son esencialmente marítimos, que le queda que hacer en ellos al ramo de marina?

Hé aquí una de las muchas causas que justifican la carencia de espíritu marino que tratamos de probar.

Pero dejemos á Barcelona ocupada en su grandiosa exposición, y pasemos una ligera revista al litoral. Lo primero que fija nuestra atención es el puerto de los Alfaques. Este hermoso puerto que el Ebro nos regaló para refugio de nuestros navegantes, se ciega de día en día y se pierde miserablemente por inercia, por abandono, pudiendo ser el mejor y más amplio de toda aquella costa, con sólo hacer un pequeño sacrificio que sería remunerado con creces. ¿Cuántas naciones quisieran tener un puerto igual, aun á costa de grandes gastos! Nosotros no debemos detenernos en él, porque nuestra desgraciada condición, nos hace mirar con desdén un tesoro de tanta valía.

Sigue á éste el puerto de Vinaroz, que aunque muy pequeño, hace grandes esfuerzos para representar un buen papel; dejémoslo con sus buenos propósitos, y continuando nuestro paseo, llegaremos al de Valencia.

De este puerto, no quisiéramos ocuparnos hoy, por haberlo hecho repetidas veces, pero debemos si, apuntar un detalle muy elocuente que corrobora la falta de protección é interés